

NUESTRO TIEMPO

FRENTE A LA ENCRUCIJADA

De tiempo en tiempo llegan para los pueblos momentos cruciales en que se pone en juego su existencia y su destino. Confrontados con las realidades supremas del ser y del no ser, de su respuesta al interrogante formulado por la vida, depende su humillación o su gloria, su muerte o la afirmación de su grandeza.

En el sentido de esa respuesta obra en primer término aquel elemento misterioso que llamamos la "vocación". Designio de la Providencia, imperativo telúrico, fidelidad a la propia esencia, la vocación de un pueblo es todo eso y algo más. Está en la línea de las grandes cosas que el hombre debe aceptar sin discutir, y debe realizar sin investigación de las causas que las determinan.

Pero obra también en esa decisión el aporte necesario de la voluntad que en última instancia, decide. La historia está llena de vocaciones truncadas, de naciones destituidas y degradadas por no haber sabido pronunciar en su momento el necesario "fiat". Ese clamor del alma nacional que en los momentos decisivos proclama su voluntad de afirmarse ante los demás pueblos no basta sin duda para configurar una misión. Pero es —de esa misión— el atributo indispensable. Y en el orden social, no hay camino posible si flaquea la intención de recorrerlo.

La Argentina ha recibido —¿quién lo duda?— aquel don primordial de la misión histórica. Nos lo dice la realidad y nos lo ratifica una intuición superior a todo argumento. Por ella hemos sido llevados como de la mano por rutas escarpadas, sin darnos cuenta, a veces, del peligro, como un niño, al que la madre cuida los primeros pasos.

Pero hoy, en el despertar de nuestra edad adulta, nos toca a nosotros elegir nuestro sendero. No siempre una voluntad superior ha de apartarnos de los riesgos y ha de salvar nuestros errores. La Nación Argentina está frente a la encrucijada en que ha de decidir si transitará por la ruta grande o se extraviará en los vericuetos torcidos que la llevan al abismo.

Esa lección nos es impuesta desde afuera: no podemos eludirla. Otras naciones más poderosas creen —y tienen razón— que si la Argentina sigue siendo ella misma, fracasarán los planes hechos para dominarla. Torpe resulta por eso, pensar en terceras salidas que concilien el apetito invasor del alienígena con las prendas esenciales —no decorativas— de la independencia nacional. No siempre se puede jugar a ganancia pura, sin colocar en la puesta ni la vida ni el honor. Se puede perder lo uno para salvar lo otro, pero el que no quiere arriesgar nada, se expone a perderlo todo.

En este dilema, va algo más que nuestra propia subsistencia, que los penachos de la



Quóniam Dominus excelsus, Terribilis,

dignidad y que los oropeles del amor propio. Se deciden valores sustanciales que pertenecen al orden del espíritu, que no son transitorios sino permanentes. Se decide por nosotros si la América Española será fiel a su origen o lo traicionará por los denarios de la hartura, si preservará la heredad recibida de los antepasados o la dilapidará en extraños con-vites. He aquí la gran responsabilidad que nos incumbe.

Esta preocupación, no es desaliento. Tenemos fe y esperanza en el destino de la patria. Vemos ya signos inconfundibles que esa voluntad de ser, no podrá ser destruida. En la palabra del Gobernante pronunciada con dignidad y con viril acento definitivo en la noche del 6 de Julio a las fuerzas armadas, en el clamor emocionante con que fueron recibidas, advertimos un tono de inquebrantable firmeza que es la garantía de nuestra perduración en estos días dramáticos y decisivos.

FRANCIA

En este 14 de julio, las miradas del mundo se dirigen, con estupor, a Francia. Francia, la patria del saber y de lo bello, la tierra de los grandes santos, sabios y artistas, donde ha florecido lo más acabado que ha producido el hombre sobre la tierra, prostrada hoy bajo el peso de inauditas humillaciones y de vergonzosos bochornos. Dividida en el interior de sus entrañas por odios profundos e inolvidables, ocupada por sus enemigos, invadida ahora, privada de sus inmensas riquezas coloniales, y sobre todo destrozados su pensar y su querer, yace impotente, a merced de los que disputan su futura suerte. La que otrora ejercía el señorío del saber y del poder, hoy, casi no es.

Este drama de Francia caída, sólo puede ser entendido dentro del drama, más grandioso aún, de la Cristiandad. Si es cierto para las naciones comunes, que no tienen en sí mismas el fin último de su existencia, mucho más cierto aún para las naciones rectoras del mundo. Los pueblos tienen vinculada su suerte a algo más grande que ellos mismos, es a saber, a la Soberana realeza de Jesucristo, Rey de la eternidad y del tiempo. Por esto —hasta hace poco más de un siglo— las naciones, sin dejar de tener conciencia de la autonomía del propio ser, comprendían que debían conspirar a la causa más levantada de la Iglesia que, en su carácter de prolongación vital de Jesucristo a través del tiempo y del espacio históricos, merece universal homenaje de acatamiento y de servicio.

Comprendían sobre todo claramente las naciones cristianas de Europa, cuya existencia estaba inexorablemente vinculada a la vida y a la misión de la Iglesia. Y de modo particularísimo, Francia, cuyo destino es inseparable de la Cristiandad.

Nacida a la fe por la predicación de San Potino, que enviara a las Galias el discípulo de San Juan, Policarpo, fué plasmada en la unidad de su vida nacional por los grandes obispos de los siglos V y VI, San Martín de Tours, San Germán de Paris, San Cesáreo de Artes, San Remigio de Reims, San Niceto de Treves, San Gregorio de Tours, San Avito de Vienne, y fué forjada en la unidad del reino por la Iglesia, cuando el 25 de diciembre del 496, en la ilustre ciudad de Reims, el Santo Obispo Remigio, hizo descender sobre Clodoveo y su pueblo el agua bautismal.

Desde ese mismo día, como lo previó San Avito, el apóstol de los borgoñones, en profética carta de felicitación que dirigió a Clodoveo, Francia, con cuya conversión hacia también su entrada en la historia, la Cristiandad, tenía señalado su destino glorioso, al servicio de la misma.

"La Providencia divina —dice— ha descubierto al árbitro de nuestro tiempo... Vuestra fe es nuestra victoria... Vuestros

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: Frente a la encrucijada. — Propósito. — JULIO MEINVILLE: Francia. — GUSTAVE THIBON: Aforismos. — MÁXIMO ÉTCHÉPARR: Tópico y realidad. —

SANTIAGO DE ESTRADA: San Enrique. — JERÓNIMO DEL REY: El lobo y el cordero. — JUAN OSCAR PONFERRADA: La niña muerta.

—VIDA INTELECTUAL. — ECONOMÍA. — BALLESTER PEÑA: Quóniam Dominus excelsus. — JUAN ANTONIO y FRANCISCO FORNIELES: Dibujos. — JOSÉ M. CANTILLO: Viñetas.

abuelos os han preparado grandes destinos, y vos habéis querido prepararlos más grandes aún a los que vendrán después de vos... El Occidente, gracias a vos, brilla con brillo propio y ve a uno de sus soberanos resplandecer de luz nueva".

"Debo formular un voto. Ya que Dios, gracias a vos, va a hacer de vuestro pueblo el suyo propio, ofreced una parte del tesoro de fe que llena vuestro corazón a los pueblos situados en regiones más apartadas que las vuestras y que, viviendo en su ignorancia natural, todavía no han sido corrompidos por doctrinas perversas: no temáis enviarles embajadores que aboguen ante ellos por la causa de Dios, que tanto ha hecho por la vuestra". (Epístola 46).

En estas maravillosas palabras, Francia, si no quería apartarse de gloriosa trayectoria tenía indicada como tarea propia, la de extender por la tierra, la Cristiandad.

Y durante siglos, fué Francia fiel a vocación tan excelsa. La Cristiandad iniciada con el bautismo del Rey Clodoveo había de sellar su plena y universal realización, cuando otro rey de los Francos, el gran Carlomagno, fué coronado emperador romano por el Papa León III.

La Cátedra Romana, en celeberrimo documento público de León XIII, del 8 de febrero de 1884 ha expresado su singular reconocimiento a los grandes servicios prestados por Francia a la Cristiandad.

"La nobilísima nación de los franceses" —dice— "por las hazañas cumplidas en la paz y en la guerra, se ha hecho acreedora ante la Iglesia de méritos y títulos de un reconocimiento inmortal y de una gloria que no se extinguirá. Abrazado en buena hora el cristianismo bajo la conducción de su rey Clodoveo, tuvo el honor de ser llamada Hija primogénita de la Iglesia, testimonio y recompensa al mismo tiempo de su fe y de su piedad. Desde aquel tiempo, vuestros mayores, venerables hermanos, han sido como los colaboradores de la divina Providencia en grandes y saludables empresas. Pero sobre todo han señalado su virtud defendiendo por todas partes el nombre católico, propagando la fe católica entre las naciones bárbaras, librando y protegiendo los santos lugares de Palestina, de modo que muy justamente se ha hecho proverbial aquel dicho de los tiempos viejos: *Gesta Dei per francos*".

Pero Francia fué también terriblemente infiel durante otros largos siglos. Largo sería enumerar los pecados de Francia contra la causa común de la Cristiandad.

Peca Francia contra la Cristiandad con Felipe el Hermoso, en vísperas del Renacimiento; peca con Francisco I, durante la Reforma y se alía con los Turcos en contra de Carlos V, emperador cristiano; peca con la política particularista de Richelieu, quien hiere de muerte a la Cristiandad, asestandole un golpe en momento crítico, al combatir la causa de los Ausburgos de España y de Austria, que entonces la representaban; peca con los impíos fautores de la Revolución Francesa que entronizaron los Derechos del Hombre pisoteando los de Dios; peca con el sacrilego Bonaparte, que atropella la ciudad del Vicario de Cristo; peca con el fanfarrón Napoleón III, quien entrega Roma y los Estados Pontificios a la piratería italiana, recibiendo en pago Niza y Saboya; peca finalmente con los impíos políticos de la Tercera República, quienes colman la medida de sus innumerables crímenes, prohibiendo la causa de los comunistas que quisieron aniquilar a España.

Y estos pecados, al igual que al antiguo pueblo de Judá, le acarrearán vergonzosa postración. Lo que fué dicho a Israel a la entrada de la tierra prometida, también ha sido dicho a la nación cristianísima:

"El Señor te establecerá a la cabeza y no a la cola de las naciones": *Constituet te Dominus in caput, et non in caudam*, "Tu sitio



será siempre arriba y nunca abajo", *Et eris semper supra et non subter*, "Con la condición de que escuches los mandamientos del Señor tu Dios, los guardes y los cumplas", *Si tamen audieris mandata Domini Dei tui et custodieris et feceris*.

Y de hecho a través de las alternativas felices o desgraciadas, según que prevalecían los pecados del pueblo o la misericordia de Dios, el segundo Judá, el reino cristianísimo de Francia, ha adquirido prontamente y ha conservado durante largos siglos el primer rango en el mundo: siempre adelante y nunca a remolque de otros pueblos, siempre arriba y nunca debajo: *in caput, et non in caudam; semper supra et non subter*.

Pero desde hace un par de siglos, Francia igual que España, se halla profundamente caída, *Et facti sumus subter et non supra*. Y la razón de esta vuelta de la fortuna es que han faltado al Señor su Dios, no escuchando su voz; han abandonado los intereses de los que fueron constituidos guardianes y protectores; de misioneros de la verdad se han hecho propagandistas de la mentira y han dejado extinguirse, o al menos oscurecerse, la llama que debían hacer brillar a lo lejos: he aquí por qué han perdido su rango, he aquí por qué durante siglos están abajo y no en lo alto de la escala política. *Et facti sumus subter, et non supra: quia peccavimus Domino Deo nostro, non abaudiendo voci ipsius*.

La grandeza de Francia está entonces vinculada a su misión de servicio a la Cristiandad. Así lo proclamó reiteradas veces, hace casi un siglo, el célebre Cardenal Pie.



"La nación francesa —dice— que es por excelencia, la nación de Cristo no será impune, mientras marche, en cuanto nación, por las vías de la infidelidad y de la apostasía, y mientras no deje de inmolar los sagrados derechos de Dios a los pretendidos derechos del hombre. Ningún régimen de los que le plazca darse, podrá durar. El más leve soplo los derribará uno después del otro; su expulsión será cuestión de un instante. Así han caído todos los poderes que hemos visto sucederse en las mismas condiciones, un simple choque los ha tirado por tierra, porque no tenían ellos poder para permanecer de pie: *Ibi ceciderunt qui operantur iniquitatem; expulsi sunt, nec potuerunt stare*". (Ps. 35, 13)

Pero es de esperar que, para bien propio y de la Cristiandad, Francia, en estos días de su suprema postración, en que besa el polvo de su mayor humillación, ha de considerar su infidelidad a la grandeza de su destino y purificada, ha de resurgir para renovar las hazañas de sus héroes legendarios. Esta esperanza la ha expresado en noble discurso en *Notre Dame* de París, el entonces Cardenal Pacelli, hoy S. S. Pio XII, cuando las fiestas de la Santa de Lisieux. "Porque aquí —decía el Cardenal— es el alma misma de Francia, de la Francia de hoy, que viene a decir sus aspiraciones, sus angustias y su oración; alma de la Francia de otro tiempo, que remontrando de las profundidades de un pasado cantoreo veces secular, que evocando la *Gesta Dei per Francos* entre las pruebas lo mismo que entre los triunfos, suena en las horas críticas como un canto de noble fiereza y de imperturbable esperanza. Voz de Clodoveo y de Clotilde, voz de Carlomagno, voz de San Luis, sobre todo en esta isla en la que parece vivir todavía, y que ha adornado en la Santa Capilla, con la más gloriosa y santa de las coronas; voz también de los grandes doctores de la Universidad de París, de los maestros en la fe y en la santidad... Sus recuerdos, sus nombres inscriptos en vuestras calles, al mismo tiempo que proclaman la valentía y la virtud de vuestros antepasados, jalonan como ruta triunfal la historia de una Francia que marcha y que avanza a pesar de todo, de una Francia que no muere. En su fidelidad para con su vocación, a despecho de todas las dificultades, de todas las pruebas, de todos los sacrificios está ligada a la suerte de Francia su grandeza temporal, lo mismo que su progreso religioso".

JULIO MEINVILLE.

A FORISMOS

MISTERIO

Interesa no transformar esta noción en freno del pensamiento. El misterio no es muro en que "se estrelle" la inteligencia; es océano en que la inteligencia "se pierde".

Seamos tardos para desdeñar el dolor, la enfermedad, lo caduco. Vemos lo que el mal destruye; menos bien distinguimos ¡lo que el mal libera! El martillo del escultor es cruel para el pesado sueño del mármol. Otros mundos dormitan en nosotros, otras esperanzas, otras soledades. Y el despertar de un mundo va siempre acompañado por cataclismos. Nuestra armonía terrestre es plenitud, mas también es tumba: ahoga la voz de los otros mundos... Hay, sin embargo, dolores herméticos, males inútiles, caducidades irremediabilmente enfiladas hacia un mayor egoísmo y un aumento de mentira. Sólo se resuelve este escándalo con un grito de ciega esperanza; no sabemos de qué subterráneos pasajes no la expiación estos callejones sin salida...

No estoy cansado de vivir; a menudo, me siento cansado de expresar la vida. Demasiados cadáveres la manifiestan: las virginales palabras caídas como frutos de oro del árbol del amor y del dolor, exhalan ahora olor a tumba y a lupanar. Mi voz podría ser confundida con la de los muertos: soy como una virgen que, viendo el arte con que las meretrices hacen los gestos de la inocencia, recatan su amor en el corazón.

CUADROS SOCIALES, LEYES, COSTUMBRES, ETC.

Eres débil y frío, necesitas muchos cobertores. ¿Quién te lo reprocha? Lo que condeno es que quieras imponer a todos el mismo número de mantas. El que en las propias entrañas lleva su ley y su Dios —¡todo su ardor!— ahógase bajo el montón de cobertores.

LIBERTAD

"La libertad descende sobre la necesidad como una corona". La idea de una libertad quebranta-destino, de una fuerza sin ataduras, sin raíces, sin patria, que trastorna y desgarrar los acontecimientos, inspírame un horror casi reflejo. La libertad no es enemiga de la necesidad: es su cumbre y su hondura; la libertad vive en nosotros como una necesidad más íntima y más pura. No se trata del conflicto de dos mundos opuestos, sino de la floración de un mundo único. La flor no contradice al tallo, mas el tallo se



condensa y supera en la flor. La libertad es como la explosión de una necesidad demasiado rica que salta fuera de sí misma; es la necesidad suprema y la flor del destino...

MADUREZ DEL ESPIRITU

¡El espíritu! Pregónase: ¡espíritu!... Pero, ¿quién conoce la madurez, la dulzura, la plenitud, la paz del espíritu? ¿Mas qué saben de la paz del espíritu aquellos hombres cuya alma ni siquiera es bastante rica para la guerra del espíritu? De la cepa humana pende el agraz del espíritu; la inmadurez del espíritu es temible: enloquece los instintos, agrava la animalidad (voluntad de poderío) o bien crea ideales primarios y arrogantes, sistemas laminadores bajo los cuales todas las honduras agonizan. De la diversidad y fraternidad ocultas de las cosas ignóralo todo ese espíritu demasiado verde... No hay unidad ni paz reales sino en el espíritu. Lo sabemos. Llega un día de la existencia en que el espíritu domina la carne y domina la abstracción. Pero esta madurez es rara y difícil. El fruto del espíritu sazónase en las tempestades y en los inviernos, los rayos del dolor doran su pulpa rebelde... ¡Ah! esa dulzura del espíritu maduro: *universalidad penetrante*, humildad, bendición, y esa indulgencia en lejanía, ¡esa desmesurada efusión del sol poniente...!

El espíritu sólo vive muy tarde, el espíritu sólo vive muy alto. Excesivo espacio de tiempo padecieron las entrañas del hombre a causa del vino ácido del espíritu. Más vale la inconsciente salud del instinto que el despertar del espíritu. Pues el espíritu... ¡ay!... no sabe esperar: *spiritus promptus*...

¿Está permitido soñar con cierto posible porvenir humano: una serenidad, una libertad postreras en medio de la luz del espíritu plena de unción, una prudencia vespéral, una tranquila exaltación de otoño?

El espíritu ha madurado: su libertad hase nutrido con todos los zumos del destino; la inteligencia penetra y el acero de la voluntad se funde en amor universal. El espíritu trasciende la carne y la sangre sin abandonar la realidad carnal y sangrante; el resplandor del

espíritu ofrece al mundo la casta tibieza de un seno materno; el "vínculo del espíritu" vive en las almas; la libertad descende sobre la necesidad como una corona. El espíritu constructor se inclina con el respeto y la modestia de la profundidad sobre las piedras vivientes que hace rodar a sus pies la marejada del destino; edifica sin amurallar.

Ciclo supremo: el espíritu, para sazonar su fruto, agotó la vida; mas he aquí que devuelve a la vida toda su plenitud, engrandecida y transfigurada. ¿Estará acaso reservada al declinar del hombre cierta felicidad sinfónica, cierta armonía occidental ignota?... ¿una apoteosis de embalsamadas islas en el pacífico océano del espíritu?

EXALTACION DE LA NATURALEZA

La de los anglo-sajones difiere esencialmente de la de los latinos. Un americano del norte embriágase con el aire libre, los elementos, el espacio abierto, con la voluptuosidad brutal y borrosa de los pulmones que se dilatan, con el galope del vaquero que profana la extensión. Vibra al contacto del espacio más que al de las formas: ¿conciébase un "pionner" de Whitman inclinado sobre una corola o sobre un insecto? La exaltación es brutal, elemental, indiferenciada. El latino experimenta mucho menos esa emoción de los elementos y de la anchura; exáltase más bien con las estructuras, bebe el misterio de los frágiles microcosmos envueltos en el espacio.

Para él, esta planta, ese animal, aquel jirón de horizonte destácanse de la abigarrada nebulosa que ensancha el alma del "pionner"; el espíritu latino concentra el espacio y el mundo en la forma más ágil y minúscula. Exaltación menos hirviente y menos dinámica: tranquilo regocijo de penetración espiritual, voluptuosidad de un luminoso contacto con el detalle, precisión, acuidad de las cosas...

El peor enemigo de la cima no es el llano: es el peldaño. La tierra tiene desde luego el respeto y la nostalgia de la altura: las cumbres son, por ellas mismas, inaccesibles; no son inoportunas. Toda la majestad de los montes es visible desde la llanura, y la llanura se duerme sin rebeldía al pie de los montes. Pero la grada es difícil de superar; su conquista cuesta lágrimas y sangre; átese el hombre, incrustase allí con detrimento del peldaño superior y de la cima postrera. "Soy la cúspide, soy lo absoluto", murmuraran la grada que escalamos y nuestro impulso ascensional agota sus fuerzas en este engaño. El escalón oculta el pináculo. Muy escasos son los hombres que pueden considerar sus conquistas como altas y transiciones; el peldaño escalado con orgullo y dolor devora el llamado de la cumbre... ¡En medio de la senda se desvanece la visión de las cimas!

GUSTAVE THIBON.
(Traducción de Josefina M. J. P. de Tufro).



PROPOSITO

Europa ha salvado a la Argentina. He aquí un hecho al que no se ha prestado todavía la atención suficiente. Sin embargo es un hecho importante y singular. De todos los países de América Latina, la Argentina es el único, en esta etapa de su vida, que se siente con voluntad de poder afirmar su soberanía. No nos referimos a los episodios de la conducción de su política exterior, que durante la última centuria, se han sucedido en alternativa más o menos feliz; nos referimos, sí, a la conciencia de voluntad y de poder nacional que es lo que, en verdad, da valor a una política exterior acertada y que se hace sentir eficazmente en el caso de una política falsa y deformante.

La Argentina, como totalidad, se siente soberana, dueña de su propio destino. La realidad palpable de esta conciencia explica que gobiernos funestos, no hayan debido hacer mayor esfuerzo, sino simplemente dejarse llevar por el anhelo general, para mantener esta soberanía en momentos críticos; y explica también que otros gobiernos, que pudieron creerse benéficos y firmes, no hayan podido sobrevivir, tan pronto como menoscabaron la integridad de nuestra soberanía.

La Soberanía está, entonces, firme en la conciencia nacional. Pero lo que interesa comprender es la causa, de dónde este hecho surge. ¿Por qué la Argentina puede afirmar en su vida, en su vida de totalidad, esta soberanía que no pueden afirmar a su vez, países del mismo origen e idiosincrasia, y, en ciertos aspectos, de más recursos y condiciones?

Creemos que este hecho tiene una única explicación. La Argentina es el único país de América Latina que no se ha estancado en su desarrollo cultural, que ha sabido mantener conexiones vitales con Europa. No hay duda que estas conexiones le fueran, en parte, gravemente dañosas. Pero aun así, peor le hubiera sido un aislamiento. Y si la fueron dañosas, no es precisamente por su carácter de conexiones sino por la naturaleza de las mismas, es a saber, por haberse adherido a lo malo de una Europa desfalleciente. La Europa del siglo XIX, es una Europa decadente, dominada por la fiebre mercantil que todo lo valora por los precios del mercado. Esta Europa mercantilista, llena de lacras con diversos nombres, democrática, liberal, ideológica, racionalista, romántica, es, a pesar de todo, la Europa, encarnación de la cultura. Debajo del liberalismo europeo yace, por ende, la eternidad de Europa, que se manifiesta con un acre-



centamiento real de valores, tan real y vigoroso que acaba por romper los estrechos moldes de cosmovisión, tan miope, y culmina en el redescubrimiento de la Europa auténtica que hoy, felizmente, se comienza a sentir y a vivir: la Europa de la fe, que tan magníficamente ha historiado Belloc.

Ahora bien; hoy podemos apreciar suficientemente que, si es cierto que la Argentina se debilitó al inficionarse del liberalismo, se fortificó al mismo tiempo al enraizarse en las raíces seculares de la Europa, siempre eterna. Los otros países, en cambio, o se han quedado estancados en su colonialismo primitivo, tirando a indigenismo, o en un colonialismo español, rancio y anacrónico. Excelentes formas de vida, sin duda, pero sin vigencia histórica. La Argentina, a su vez, no sólo en ciertos núcleos refinados, alejados del trajín diario, sino proporcional-

mente en todos los grupos sociales, ha marchado en contacto con lo europeo; de ello, tenemos excelente muestra en su labor literaria, artística, científica, económica, social y política. Nuestro saber, nuestro hacer y aún nuestro acervo humano es europeo.

En esto podemos encontrar el principio de solución del problema que plantea nuestra historia, toda ella cruzada con grave detrimento para la unidad nacional por dos corrientes políticas, bien definidas, que podríamos denominar tradicionalista una, liberal la otra.

No hay duda que los tradicionalistas representan la defensa de nuestra riqueza, de nuestra soberanía y, en general, de los valores de nuestra gloriosa tradición. Defensa magnífica en momentos graves para la incoherencia de la patria que ha impreso sello indeleble de noble altivez en la raigambre del alma nacional. Pero pudiera temerse que, a ratos, fuera una defensa de pura conservación, consistente en cerrarse al torrente de la vida por temor a desaparecer; una defensa estática de lo propio. Y como el dinamismo es condición de todo crecimiento vital, su triunfo pleno pudiera haber entregado el país a un colonialismo muy semejante al de otros países latino americanos.

Es sin duda punto deficiente de esta corriente de que al mirar hacia atrás, de donde venimos (en lo que hace muy bien) no haya atinado a mirar suficientemente hacia adelante, hacia donde el mundo iba —velis nobis— y hacia donde había que ir, sino quería quedarse rezagada.

Los liberales no pueden sentirse justificados frente a los tradicionalistas. Porque ellos, a su vez, si acertaron al tener en cuenta la necesidad de aceptar las condiciones existenciales de la vida, del movimiento dinámico que la vida de individuos y de pueblos comporta, no supieron comprender, en cambio, que éste debe efectuarse sin una negación de sí mismo, del propio ser y de los propios valores. Al entregarse al torrente de los hechos, los liberales malgastaron los valores permanentes que aseguran la continuidad del ser. En cierto modo, la substancia de la patria fué destruida. La patria fué vendida y entregada.

A nuestra generación no le toca ahora reaccionar contra los liberales para ponerse del lado de los tradicionalistas. El pasado es pasado. A nuestra generación le toca, sí, formular vitalmente la síntesis de tradición y progreso, de lo permanente y de lo cambiante, de la esencia y de la existencia de la patria. La patria debe afirmar en su dinamismo vital, siempre creciente, el perfil de su personalidad soberana.

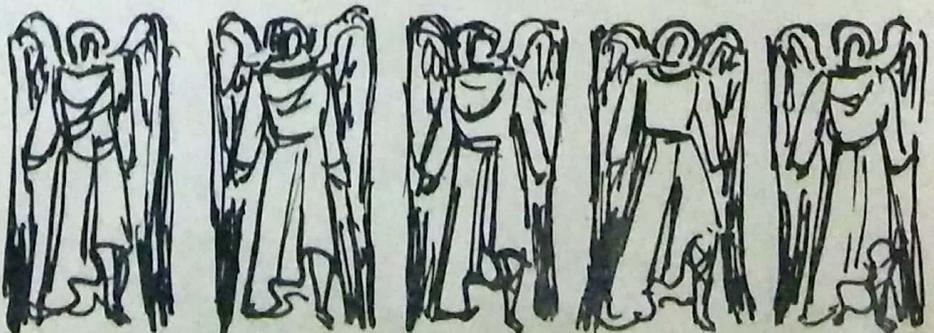
TOPICO Y REALIDAD

Al pasado argentino lo nutren dos corrientes opuestas de energía histórica: la que puede significarse con Roca y la que —más lejana— tiene en Rosas su exponente cabal.

De ninguna de ellas es posible prescindir en una consideración real de la historia argentina. La una y la otra deben ser estudiadas, no como dos categorías morales absolutas y enemigas —Bien y Mal—, sino como dos posiciones históricas, legítimas y relativas. Una fiel imagen de la realidad argentina, tal como es ella hoy, sólo puede perfilarse dentro de una superior síntesis histórica que asuma, orgánica, vitalmente, esa doble fuerza del pasado a que aludimos.

El juicio que de un hecho histórico se formula, es distinto, según cual sea la formalidad que en él consideremos, según cual sea el aspecto que de él destaquemos.

Al lo que nos interesa considerar es, ante



todo, el contenido último de verdad o error, de malicia o bondad que ese hecho lleva adscrito, sin atender para nada a las causas contingentes que lo hicieron posible en el tiempo, habremos pronunciado sobre él —desde ese juicio final de la historia que es su consideración "sub-especie aeternitatis"— sentencia definitiva. En este sentido es verdadera la afirmación de José de Maistre, según la cual, en la Revolución Francesa ha dejado su huella el demonio.

Pero hay, también, una segunda consideración del hecho histórico, no menos legítima que la primera y su necesario complemento. Nos referimos a aquella que lo enfoca desde dentro mismo de la historia, sistemáticamente ligado a un cielo cultural concreto, en el que se mueve y es.

Si miramos los acontecimientos humanos desde esta segunda posición, que podríamos denominar enfoque de la historia "sub-especie historice", advertimos de inmediato que el juicio que sobre ella pronunciamos deberá es-

SAN ENRIQUE

Siglo XI. La Cruz ha sido trazada sobre Europa. Las tierras remotas del Este y del Norte ya no pertenecen a los infieles, y en el Oeste se desarrolla la Cruzada heroica de España. San Olaf reina en Noruega, San Vladimir gobierna en las estepas rusas y el Rey Apostólico San Esteban de Hungría, incorpora a la Iglesia las huestes que otrora sembraran desolación y espanto en el orbe cristiano. Roberto el Piadoso prepara el trono de San Luis, y el Cid Campeador configura para siempre el arquetipo del Caballero de Cristo. El Poder y la Fuerza puestas al servicio del Señor, aseguran el Orden y la Justicia; obispos santos y multitudes de monjes hacen de la tierra la antesala del Reino, y el Papa con su brazo armado, el Emperador, da unidad y dirección certera a la Cristiandad.

En este Siglo XI se destaca San Enrique, duque de Baviera, Rey de Alemania, Sacro Emperador Romano Germánico y humilde monje del Abad Ricardo. Su heroísmo de guerrero, su piedad impresionante, el celo por la justicia y el amor a la castidad son las características de su vida ejemplar. Vivió en el mundo sin ser del mundo; no se quedó en él por falta de coraje para abandonarlo, sino que regresó a su seno respondiendo a la voluntad directa y precisa del Señor. Y no disfrazaba gustos o satisfacciones personales con el nombre de "deberes de estado" sino que aceptaba las obligaciones de su dignidad imperial como cargas de la Cruz que le fuera asignada.

No amaba el Poder. El Sumo Pontífice después de coronarlo le entrega un globo de oro coronado por una Cruz ornada de piedras preciosas: el mundo gobernado por la Religión, único respaldo de las virtudes. "Queréis enseñarme, Padre Santo, cómo debo gobernar", —dice Enrique mientras observa con detenimiento la Cruz.— "Pero este obsequio sólo conviene perfectamente a quienes, habiendo pisoteado las pompas del mundo, siguen más libremente la Cruz". Y cuando en medio de las albricias de los cortesanos recibe la visita de San Romualdo, el gran asceta de su tiempo, exclama: "Ojalá mi alma esturiese en tu cuerpo". Su desprecio por las vanidades humanas le hace pensar que



su destino está en el claustro, y sólo se conforma con la dignidad de Emperador, cuando, una vez hecha profesión monástica ante el Abad Ricardo, éste, en presencia de toda la comunidad, le dice: "Quiero y mando que vuelvas a gobernar el Imperio que Dios te ha confiado y que en la medida de tu poder, procures el bien común mediante tu firmeza en hacer justicia".

Desde este momento Enrique, fiel observante de la obediencia monástica, desempeña su oficio Imperial con la misma disposición con que en el monasterio hubiese desenvuelto la más humilde actividad. Nadie le aventajó en la guerra, y a todos sobrepasó en el

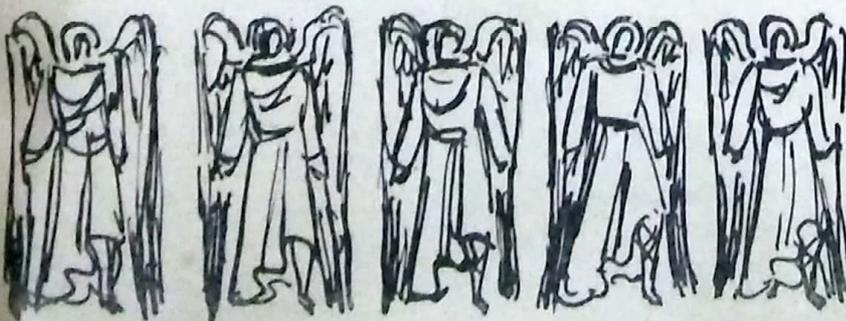
celo por la Casa de Dios y el afianzamiento de la justicia. Si alguna vez cometió algún yerro en el ejercicio del poder, fué el primero en acusarse públicamente: "Os confieso, Padre —dijo una vez postrado ante San Heriberto, Arzobispo de Colonia— que desde que obtuve la corona sentí aversión contra Vos y no os hice justicia, pero el Cielo está de vuestra parte y Dios me ha hecho saber que sois del número de sus elegidos".

San Miguel fué su guía: "No temas elegido de Dios, y propaga esforzadamente el culto del Señor". Tal fué la misión que le encomendó el Arcángel, y tal era lo que correspondía al brazo secular de la Cristiandad. El Sacro Imperio, creación de la Catedral de Pedro no tenía otro objeto. Enrique lo comprendió así y fué por ello un Emperador cabal; al deponer su dignidad en el seno del Monasterio hizo más notorio el carácter sagrado de esa potestad, que precisamente por ser sagrada hubo de recoger para mayor gloria de quien se la había conferido.

Quinientos años más tarde, en los albores del mundo moderno el último gran Emperador de la Cristiandad, Carlos V, dejaría también las vestiduras imperiales en un Monasterio. Pero no se le obligaría a retomarlas. Rota la unidad por la herejía, enlodados los hombres en la orgía renacentista, en pleno apogeo de los Lutero, Calvino y su cetera, de reyes siniestros como Enrique VIII e Isabel la Anglica, o el frívolo Francisco I, faltaría a la Cristiandad el respaldo que había hecho posible el Imperio; y así el Poder y la fuerza volverían, como en los tiempos paganos, a servir los intereses carnales de esta Tierra, cuando no los del Príncipe de este Mundo.

Otros quinientos años han corrido, y las naciones dislocadas de su centro sobrenatural pretenden en vano asegurar un orden y un bienestar cada día más lejanos. San Enrique, el monje, el Sacro Emperador Romano Germánico, brazo secular de la Sede de Pedro, es el símbolo de cómo puede ser salvada nuestra civilización tambaleante. Y es por encima de todo, el Santo que, entre el fragor de las armas, puede interceder ante el trono de Dios, para que la Europa romana y germánica renazca a la sombra de la Cruz.

SANTIAGO DE ESTRADA



tar necesariamente condicionado a la apreciación más general que es preciso antes hacer de aquel ciclo histórico concreto, que los contiene y determina. Comprobaremos, además, que cuando de distribuir recompensas y castigos se trata, apérase lo que llamaríamos, a falta de otra expresión, un desplazamiento de la responsabilidad.

En efecto, incorporado al intercambio vital de la historia un nuevo error, son culpables —el así puede decirse— de su propagación y encarnación en las costumbres, no tan

to sus inmediatos voceros, como los depositarios de los valores tradicionales, que por no haberlos oportunamente aligerado del inevitable lastre de anacronismo que el tiempo ha ido depositando en ellos, den lugar, e indirectamente favorecen a esos procesos de rompimiento de la continuidad histórica, que conocemos con el nombre de revoluciones.

De un pueblo, de su historia, también cuadrará la distinción entre lo que ese pueblo es,

y lo que debe ser. Esto último —su deber ser—, como en el caso del individuo, nada vale sin un esclarecimiento previo —y en el cual se base— del primer término de la distinción.

La tarea más atrayente —a fuer de difícil y necesaria— para quien se proponga enterarse de lo que es hoy la Argentina, consiste en esclarecer, antes que sus problemas políticos, antes que su pasado histórico, su realidad social, tal como ahora se presenta.

Desentrañar qué tipo de sociedad es el peculiar de nuestro país; qué forma de convivencia le son propias; cuáles deben ser, en tanto sociedad, sus defensas, y cuáles aquellas cosas en las que la prodigalidad no importa; qué constitutivo específico último hace de nuestro país una entidad histórica distinta y cuales las notas genéricas que lo sitúan junto a las demás agrupaciones nacionales, he ahí, en nuestro entender, el tema sobre el cual interesa, ante todo, proyectar alguna luz.

MÁXIMO ETCHECOPAR.

EL LOBO Y EL CORDERO

Apenas hubo el rubicundo Apolo proyectado sobre la faz de la tierra su tórrido barniz fosforescente y policromado, y las canoras y pintadas avecillas, empezando por los gorriones y acabando por las campanas de los conventos, elevado a la gloria del amanecer sus armoniosos trinos, con la utilidad subsidiaria de despertar a destiempo a los vecinos, cuando llevaron al Nuevo Gobernador, el cual había dormido regular no más, al salón de las Poéticas Expresiones, para *hacer* un poco de descanso dominical.

Pero no bien se hubo sentado Sancho Primero el Único en su trono, se oyó en las puertas de bronce un infernal pataleo y entraron al inmenso recinto — uno a grandes brincos caminando de espaldas, y otro resbalando suavemente por el bruñido y resplendente mármol —, dos especies de bichos de ignota catadura.

El uno vestía mameluco de piel de Rusia con un gran colbac de pieles negras y cuadrada barba de cosaco y era un enorme jayán de hercúlea musculatura que caminaba como el cangrejo. El otro, era un niño envuelto en un manto blanco de nieve finlandesa con una especie de pezuñas de ébano que hacían de monopatín y una juvenil carita anaranjada de muñeca japonesa o china. Sin el menor acatamiento al jerarca presente, los dos continuaron su absurda danza de skaring y corcovo con gran rebullicio de aullidos y balidos en una condenada lengua que Sancho no cababa un verbo, parecida a la que hablan los argentinos de la calle Lavalle. Enojó a Sancho al fin tanta irreverencia, y preguntó al Presidente de la Comisión de Cultura, doctor Pedro Recio, entre furioso y atónito:

- ¿Qué hablan esos?
- Griego.
- ¿Quiénes son?
- Son el Lobo y el Cordero.
- ¿De dónde salen?
- De la famosa fábula de Esopo.

Desencadenóse entonces el Jerarca, que no estaba para fábulas, y los conminó y conjuró tonantemente con las peores maldiciones que conocía:

—¡Satanases! ¡Ira de Dios! ¡Descreo en Martín Lutero! ¡Así os salve Dios como Inglaterra a Polonia! ¡Hablad en castilla corriente y moliente o bien salid al punto de mi gobernaril presencia!

Comidiéronse las bestias al oír esto, y volviéndose al Jerarca, le hicieron una profunda reverencia, traduciendo ipso facto sus aullidos al castellano antiguo en la forma siguiente:

Lobo

¡Prepárate a morir!
¡Yo qué he hecho, si vamos al decir?
¡Me estás acometiendo,
amenazando, hurgando y agrediendo!

Cordero

¿Yo agrediendo, señor, yo amenazando?
¡Dime de qué manera, cómo y cuando!

Lobo

¿Tú, sí, fiero animal,
tú, y hasta en el hablar *te se conoce*,

pues tu frontera está en sólo a doce *kims* de mi Capital!

Cordero

En ese caso, para vería vera, eres tú quien a mí amenaza y tose pues que tu Capital sólo está a doce *kims* de la mi frontera.

Lobo

¡Silencio! ¡Esas son tretas diplomáticas propias de un ser mefítico y sofista que yo no tengo ni han de ser pragmáticas en siglo de política realista!

Cordero

Si acaso sin querer falté a tu nombre, dime tú mismo en qué manera y arte delante de los dioses y los hombres puedo desagraviarte...

Lobo

¡Sólo la guerra lavaré mi agravio brome el bronce fatal y calle el labio!

Cordero

¡Cielos! Mirad qué tal pica-pendencia. ¡Yo el ampo elevo a vos de mi inocencia!

Lobo

Sólo me puedo dar apaciguado si en los plazos más breves incontinenti tu frontera mueves a 1.200 *kims* de Lobogrado.

Cordero

¡Eso es decir borrarne a mí del mapa!
¡Oh Dios, cómo es posible tal escapatoria si [a 1.200 *kims* de aquí hay otro lobo que me acecha a mí!

Lobo

¡Tú vidébis! ¡Non pértinent ad me!

Cordero

Mejor morir entonces en mi fe...

Lobo

¡Muere, injusto agresor,
a mis manos, la muerte del traidor!

dijo el Lobo rugiente, y se le echó al cuello como una colla, por las trazas dispuesto a hacerle trizas. Todos los circunstantes cerraron los ojos por no ver la cruenta y lastimosa escena, y se hicieron los desentendidos — "total decían, mañana la leeremos en los diarios" —, menos el Perinquito Gobernador que tenía por ley gobernaril no cerrar los dos ojos ni para dormir. Pero desencajóse la puerta de la portería en ese momento, que debía ser más falsa que portería de convento, y entró corriendo un hombre a los gritos, desencajado y anhelante:

—¡Detengan! ¡Detengan! ¡Paren todo, antes que se cometa una errata irreparable!
¡Una errata disforme, descomunada y fatal!

El recién llegado llegaba envuelto en un gran poncho o sotana de blanca lana (aunque algunos historiadores dicen que era algo más imitación lana), en lo cual mostró más sentido común aunque menos mortificación que todos los curas de Buenos Aires en verano... ¿Dónde estábamos? ¡Ah!, venía vestido de sotana blanca con festones de fantasía. Además tenía dos enormes jorobas en vilo y era más feo que Cantilo, Sancho le dijo:

—¿Quién sois?

—Soy Esopo —dijo el emponchado.

—¿Qué pasa?

—La fábula estaba a punto de acabar mal.

—¿No acaba con la muerte del cordero?

—Acabaría en tu tiempo. En nuestros tiempos, el final está corregido. He puesto una variante. Con el tiempo hasta las fábulas evolucionan. ¡Atención aquí, ustedes, bestias irrazonantes!

Hízoles el heleno unos cuantos pases mágneticos al Lobo y al Cordero, después de lo cual les habló al oído y les hizo la señal de la cruz, mandándoles al cabo que reanudasen el hilo de la enterrota historia. Y aquí sucedió lo inesperado. El Lobo se arrojó ansioso sobre el Cordero, bramando "¡Muere injusto agresor— a mis manos la muerte del traidor!" y lo aferró del cogote; pero el Cordero lo recibió con un *upper-cut* en la mandíbula y un *short* al estómago con la zurda que lo tiró contra el muro trastabillando; después de lo cual se le fué encima y le administró metódica y paulatinamente una patiadura jefe, una de esas que se llaman patiadura y no broma, balando al mismo tiempo: "Te voy a enseñar cómo las gastamos los corderos de hoy", que si no los separan, allí pasa cualquier desgracia, mientras el lobo chillaba como un desesperado: "Asujeteión, asujeteión, asujeteión, que era no más por gusto de hacer broma"; de lo que rió no poco Sancho, aunque tampoco mucho.

Lo cual visto por todos los cortesanos, rieron consecuentemente no poco, ni tampoco mucho.

Entonces Sancho mandó dar al doctor Pedro Recio el premio nacional de literatura; al poeta Esopo una corona de laurel de ese que sirve para poner en la sopa, aunque no para *pararla*; al Cordero la cantidad de 50.000 fanegas de afrecho flor, en tanto que ordenaba terminantemente expulsar al Lobo del Club Social Lobos y Corderos, no tanto por ser lobo, sino por ver que era un perfecto desgraciado. Y consiguientemente, no habiendo más asuntos que dictaminar, dió el feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en la Paloma de la Paz saludada con una descarga de 21 cañonazos, uno de los cuales la abordó por la barriga y la mandó de un solo saque más allá del planeta Marte.

JERÓNIMO DEL REY.

(De "El Nuevo Gobierno de Sancho", 2ª edic., aumentada).

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

LOS TEMAS DE HOY

y el

PENSAMIENTO TRADICIONAL

Dirige Julio Meinvielle

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

ECONOMIA

LA TRASCENDENCIA DEL EXITO DE LA RECIENTE OPERACION FINANCIERA

La operación financiera llevada a cabo recientemente por el gobierno nacional, que ha quedado plenamente realizada con un éxito rotundo, tiene varios significados que conviene destacar. Para cien millones de pesos en títulos del 3½%, ofrecidos al público por el Ministerio de Hacienda, se suscribieron el primer día más de 350 millones. Ante esa situación, el Ministerio resolvió ampliar la suscripción hasta el monto de 300 millones y declaró cerrada la oferta.

En cuanto a la conversión de los títulos de Crédito Argentino interno de 1936 a 1937, exentos de impuestos a los réditos y del empréstito de repatriación de 1938, también exento del mismo tributo, por otros títulos gravados con dicho impuesto, los pedidos de canje alcanzaron en el primer día a 100 millones de pesos, sobre alrededor de 370 millones que se hallan en circulación. Es de suponer así que el rescate en efectivo sumará una cantidad ínfima.

El éxito de esta operación pone de manifiesto, el sólido prestigio del crédito de la Nación, asentado en el fiel cumplimiento de sus obligaciones hasta en los momentos más penosos para sus finanzas, que ha hecho de nuestros títulos públicos un exponente de seguridad y de honor a la firma del país. La República Argentina ha demostrado siempre ser un deudor correcto y escrupuloso.

Por otra parte, el resultado tan satisfactorio de la conversión y del ofrecimiento de títulos, confirma la confianza, acrecentada cada vez más, que inspira la gestión financiera del Gobierno de la Revolución. Nunca como ahora la actividad bursátil en los papeles nacionales ha llegado a cifras semejantes. Lo operado en el mercado de valores en el año 1943 superó en 300 millones la cifra récord alcanzada en 1941. Además, los pa-



peles nacionales se cotizaron casi permanentemente en alza. Este es el termómetro más significativo, que transparenta el juicio que merece el ahorro nacional, la situación económica y financiera de la Nación.

Además, cabe destacar otro acierto muy importante, que se refiere a la desaparición de la exención del impuesto a los réditos, para los nuevos títulos canjeados y para los nuevos ofrecidos.

Una sana política financiera no debe establecer esa clase de privilegios. No nos parece acertado que cuando el ahorro argentino ha llegado a las cifras astronómicas que conocemos (2.700 millones en mayo del corriente año) todos los habitantes del país, que tienen la previsión de pensar en las contingencias del futuro, lo depositen íntegramente en los Bancos. No sólo no es acertado, sino que no es recomendable. La consiguiente expansión de crédito provocaría un crecimiento de la inflación. Sería contraproducente y contribuiría aún más al encarecimiento del costo de la vida. La absorción del

mercado de títulos es entonces necesaria y saludable para el bienestar de la población.

Pero del hecho de que sea muy recomendable la inversión en títulos, no puede asegurarse que la misma deba figurar en una situación de privilegio con respecto a la industria, el comercio, a la producción agropecuaria, a las profesiones liberales y artísticas, al trabajo personal. Está muy bien que la Nación cumpla escrupulosamente con sus deudas, pero está mal que acuerde privilegios que no les concede a los hombres de iniciativa y de trabajo, que cooperan a la grandeza material de la Nación. Por eso aplaudimos sin reservas, el hecho de que todos los poseedores de obligaciones del Estado que perciben de los mismos una renta superior a cierto mínimo, paguen el impuesto a los réditos, como lo hace el resto de los habitantes del país.

Finalmente hay otra circunstancia que no puede dejar de señalarse. El ofrecimiento de los nuevos títulos y de la conversión, se realizó en momentos aparentemente desfavorables. Existía la posibilidad de que los Estados Unidos, por las conocidas causas alegadas, aplicaran sanciones económicas a nuestro país. Acantecimientos que podían tener mucho menos repercusión en la economía argentina, como la entrada de los ejércitos alemanes en Francia y la caída de París, provocaron tal malestar en la Bolsa que el Banco Central, aplicando facultades que le son propias, debió acudir presurosamente al mercado, estableciendo, de hecho, un precio mínimo a los títulos, no del 3½% que entonces no existían, sino del 4½% y del 5%. El actual ofrecimiento realizado en circunstancias al parecer tan adversas, se ha cubierto tres veces y media. El gobierno no ha tenido que preocuparse de comprar sus propios títulos, sino de prorratear las suscripciones, rechazando muchas de ellas. Esto habla eloquentemente en favor de la estructura económica interna del país en estos momentos.

C. C. A.

LA NIÑA MUERTA

Quedóse al fin, la pobre, eternizada;
Tranquila, fija, intransitiva y pura;
Sin ninguna tardanza ni premura;
Toda en el tiempo ya determinada.

Toda en el tiempo ya, con su mirada
(Cristalizado amor, fría ternura)
Como definitiva en la insegura
Contemplación del todo y de la nada.

Pero en los ojos de la niña muerta
Aún brillaba el paisaje sorprendido
Por caridad de una ventana abierta:
Su cielo fiel, su almendro florecido.

¡Toda la vida, en sus pupilas, yerta
Como un hermoso sueño detenido!

JUAN OSCAR PONSERRADA

VIDA INTELECTUAL

Podríamos intitular la presente nota OBSERVACIONES TELESCÓPICAS SOBRE EL RACIONALISMO, y subtitularla DE LA FE EN LA RAZÓN —EL CONQUISTADOR CONQUISTADO— EL MUNDO DE LAS IDEAS CLARAS, MUTILADO MUNDO HUMANO, SUPERVIVENCIA DE LA RAZÓN. Que de ella así y entremos en materia.

El racionalismo derivado de Descartes que dió a la razón conciencia de su significado y de su fecundidad, impelido por el entusiasmo del descubrimiento, la movilizó en todos los órdenes de la vida; atentos los frutos, el alborozo del hombre llegó hasta la alegría de las lágrimas. Vino la espléndida floración de las ciencias, faena en la que la razón colaboró vigorosamente. Unida con la ciencia la razón pasó poco a poco a reemplazar a la misma religión y de entonces data el hablar de la Fe en la Razón o de la Religión de la Ciencia, usándose vocablos que son entre sí antagónicos.

Este desplazamiento de la religión resultó ser la última etapa del reinado de la razón, que ensobrecida no supo ni pudo ya contenerse dentro de su ámbito. No prejulgamos que en su intencional estuviera llegar a tal extremo, pero el ímpetu adquirido hizo que su expansión fuera inevitable; pretendió entonces abatir a la religión en su propio terreno y tocante a los problemas y valores que intrínsecamente le competen y son su razón de ser. Para no pocos la capa sustituta y se han estacionado en ella por manera definitiva.

No deja, en verdad, de ser significativo el lenguaje usado para caracterizar el período: Fe en la Razón. Cuando la razón llega a ser objeto de fe, de fe como sólo la religión con los valores trascendentes que encierra la puede tener. Surge el mojon que demarca el inicio de la decadencia real de la razón, —que no implica ni mucho menos su decadencia definitiva. (Más exacto sería por ello hablar de crisis, aunque ya se verá en los párrafos que subsiguen que en la convalecencia de la razón confiamos y también en que encontrará su cauce).

Cosa no tan curiosa fué que ese estado de ánimo de los adoradores de la razón —sin que esto signifique echarle todo el fardo de la culpa a Descartes ni tampoco afirmar paladinamente que sus secuaces alcanzaron la etapa final del proceso por un desenvolvimiento inexorable del sistema mismo—, engendrarse el ambiente para la parición de los irracionistas, sin ser sus hijos reconocidos, son sus hijos directos. Así vemos que hoy, esa fe desmesurada y ciega, ese frenesí que es el rasgo sobresaliente y trágico de nuestra edad, es común a unos y otros.

Los racionalistas, en efecto, fueron asignando a la razón la solución de cuantos problemas se planteaban; de los de orden material como de los de orden moral y eterno. Ha logrado y logra en los primeros (y dese-se buena amplitud al vocablo), halagadoras conquistas. No ha podido funcionar librada a ella sola, en los otros. Lo curioso está en que sus teorizadores se empecinan y se circunscriben justamente en estos últimos que no pertenecen a su natural esfera, y si se quiere no pertenecen de manera exclusiva a la razón, sino que ésta tiene no pocas veces que consentir un condominio.

Por esta vía llegamos a afirmar que los racionalistas hoy, tomados en conjunto, en cuanto a la conducta esgrimida y a su estado de ánimo, son irracionistas. No cabe por tanto, la queja desgarrada de quienes han descuidado el cultivo de la propia huerta, perdido la noción de sus fronteras y apoderándose del agresivo lenguaje usado contra natura de los que ellos mismos llaman sus adversarios.

Todo este desbaste en parte primordial es para corresponder al prometido examen del auge de las revistas de carácter continental, de Historia y Filosofía a que nos habíamos referido la semana pasada (*). Bajo el signo de la Razón ha surgido justamente una de las dedicadas a Filosofía. A ella nos contraemos; siendo la razón motivo de tantas equívocas interpretaciones, nos ha parecido merecedora de un párrafo detenido.

El racionalismo, decíamos, se da la mano con el irracionismo. En su actitud y en su estado de ánimo. Llegado a cierta crisis de crecimiento perdió los estribos —perder los estribos, tragedia horrenda de la razón— dando testimonio de impotencia, impotencia por haberse metido en camisa de once varas, *altiora te ne quaesieris*, si por haberse desviado, pero no, lo proclamamos en alta voz y con íntimo regocijo, por haber fracasado en su tarea específica.

Era porque olvidaba al ser humano, al hombre en su condición integral, al hombre con todas sus facultades, instintos, emociones y virtudes; porque le olvidaba en sus aspectos supraracionales e infraracionales o porque pretendía apresar y conocer esos mundos con la sola luz rígida y acartonada de la razón, de una razón que era una razón desvitalizada, inhumana.

De muy subida calidad es la inteligencia

o la razón. Es la que puede conocer la inmensa riqueza del ser y del devenir; la que conoce los fueros propios y los ajenos y los reconoce en un movimiento sobre sí, en el volverse de su conciencia, nota ésta que exhibe una suprema dignidad en la línea pro-piamente humana de su ser.

No es una facultad cerrada sino una facultad abierta. Segura de sí misma y siempre en vela, persigue la verdad dondequiera se halle; recibe los aportes de las otras potencias que juegan en sus respectivas órbitas, mas sin renunciar al severo examen que su condición rectora le impone para incorporar-

las o rechazarlas. Guarda conciencia de su rango y tiene la humildad de sus intrínsecas exigencias que el mundo supraracional comporta.

Cuando el lenguaje y el tono de los que hacen profesión de racionalismo son susceptibles de confundirse con los del irracionismo, obligan a volverse muy cautelosos a los que entran a considerar sus lucubraciones. Tal es la explicación de esta larga nota.

G. T.

(*) Véase el N° 1.

GRUPO DE EDITORIALES CATOLICAS

20 ENSAYISTAS

- | | |
|---|---|
| JUAN M. BARGALLÓ CIRIO.
<i>Sociedad y persona</i> (un ensayo de fundamentación metafísica del orden político; prólogo del Dr. Tomás D. Casares) \$ 4.— | TRISTÁN DE ATHAYDE.
<i>El problema de la burguesía</i> (La burguesía, que otrora se erigiera en dominadora de la nobleza, corre hoy peligro de sucumbir en manos del proletariado) \$ 2.50 |
| CARLOS BENTACCHINI.
<i>El artista cristiano y la mujer</i> (Sumario: El artista cristiano y la mujer. Teoría del amor sexual. La gloria y la utilidad. El amor de las criaturas. Defensa de los enfermos. Sobre clasificación natural) \$ 2.50 | EDUARDO AUNOS.
<i>Cartas al Príncipe</i> (Consejos sobre el arte de gobernar, a un príncipe cristiano imaginario de la actualidad) \$ 4.— |
| TOMÁS D. CASARES.
<i>Reflexiones sobre la condición de la inteligencia en el Catolicismo</i> (El problema de la cultura en nuestro ambiente. La Universidad católica. Los Cursos de Cultura Católica) \$ 1.50 | HILAIRE BELLOC.
<i>Las grandes herejías</i> (Europa, agitada por las grandes herejías en su vida milenaria, se encuentra hoy frente a la crisis decisiva). \$ 4.— |
| ATILO DELL'ORO MAINI.
<i>Los orígenes de la tradición colonial y el cuarto centenario de la Compañía de Jesús</i> (magnífica edición, formato In-IV, con varios láminas en offset a toda página, varias de ellas hasta ahora inéditas) \$ 5.— | GILBERT K. CHESTERTON.
<i>Lo que es</i> ("El mejor, el más profundo y el más claro de sus libros", según Hilaire Belloc. 35 capítulos breves de controversia y afirmación sobre temas de actualidad) \$ 5.— |
| JOSÉ MANUEL ESTRADA.
<i>Miscelánea</i> (tres volúmenes de artículos y ensayos del gran luchador y precursor; últimos ejemplares de la primera edición) \$ 10.— | CHRISTOPHER DAWSON.
<i>Progreso y religión</i> (El problema de la cultura en la vida de los pueblos. La religión, base de toda cultura verdadera) \$ 5.— |
| HÉCTOR A. LLAMBIAS.
<i>La dialéctica comunistas y el concepto de la libertad</i> (Misión especial de la juventud. El liberalismo. La refutación del error. Antiguas y modernas razones) \$ 1.50 | ANGEL DE GUBERNATES.
<i>Historia de la historiografía universal</i> (Una obra fundamental en esta importante materia. Con un prólogo, notas y bibliografía de Rómulo D. Carbia y un epílogo del profesor Turcena. Un gran volumen In-IV) \$ 12.— |
| JULIO MEINVILLE.
<i>Conceptión católica de la Política</i> (2ª edición de su primera obra, totalmente revisada y muy aumentada. Sumario: Naturaleza moral de la Política. El problema de la Soberanía. Estructura social-estatal de la vida política. Funciones de la autoridad) \$ 3.— | THEODOR HAERKER.
<i>El espíritu del hombre y la verdad</i> (Uno de los mejores autores católicos alemanes contemporáneos, traducido por el Pbro. Dr. Juan R. Sepieh por primera vez al castellano) \$ 4.— |
| CÉSAR A. PICO.
<i>Hacia la Hispanidad</i> (publicado con motivo del 450º aniversario del descubrimiento de América) ... \$ 1.— | PIERRE LUCIUS.
<i>La agonía del liberalismo</i> (El autor de "Bancarrota del Capitalismo" nos brinda un estudio documentado y objetivo del régimen cuya liquidación presenciaremos) \$ 3.— |
| GABRIEL RIBCOG.
<i>El destino de la Argentina</i> (Consideraciones sobre el momento actual y las perspectivas del futuro inmediato del país, como resultante de un prolijo estudio de los acontecimientos de los últimos años) \$ 5.— | THIERRY MAULNIER.
<i>Más allá del nacionalismo</i> (Francés, campo de experiencias de la historia, admenetada por un francés que veía claro, antes de la caída. Prólogo de César E. Pico) \$ 5.— |
| JUAN R. SEPICH.
<i>Estructura de lo social</i> (Ensayos sobre su reducción a lo trascendental. Por el actual rector del Colegio Universitario de San Carlos) \$ 2.— | CHARLES PÉGUY.
<i>Pensamientos</i> (El espíritu magnífico de Charles Péguy, a través de sus mejores pensamientos, nos revela la vida interior y el fervor de uno de los más altos exponentes del renacimiento católico contemporáneo) \$ 2.75 |
| | GERALD G. WALSH.
<i>Humanismo medieval</i> (La Edad Media nos entregó intacto, o mejor dicho sazonado por sus propias luces, el depósito tradicional de la cultura antigua) \$ 3.— |

Solicite el catálogo general de junio de 1944, que se envía gratuitamente junto con la "Introducción" de Chesterton al libro LO QUE ES. Pedidos por mayor a:

Reconquista 572 (31, Retiro 2359, de 15 a 20 horas) Buenos Aires